

TOROKOYORI, EL TRAIADOR YAQUI.

UN ACERCAMIENTO A SU FIGURA EN LA HISTORIA

Raquel Torua Padilla¹

1. Introducción

Los yaquis conforman uno de los grupos originarios más numerosos del estado mexicano de Sonora, habitan principalmente en el centro-sur de la entidad, a lo largo del río que lleva su nombre. Su historia se caracteriza por la guerra y la resistencia. Desde la llegada de los españoles, los yaquis han tenido que enfrentarse a varios intentos de despojo y colonización. Uno de sus conflictos más graves inició en el siglo XIX, una guerra por la salvaguarda de su territorio y cultura que duraría más de un siglo. Por este y otros motivos, la historiografía sonorensis ha privilegiado su estudio sobre el de otros grupos indígenas del noroeste de México; sobre todo el periodo que se conoce como la Guerra Secular del Yaqui. Este conflicto inició en 1825 con el levantamiento de Juan Banderas y concluyó hacia la década de 1930 con la restitución de tierras hecha por el presidente Lázaro Cárdenas.

Entre las destacadas obras de autores como Evelyn Hu-DeHart, Ana Luz Ramírez y Cécile Gouy-Gilbert y otros, este artículo se enfoca principalmente en los trabajos de Edward Spicer y Raquel Padilla Ramos. En *Los Yaquis. Historia de una cultura* (1994), Spicer ofrece un recorrido extenso por la historia de los yaquis desde la época misional hasta la primera década del siglo XX, acompañado de un análisis etnográfico de su trabajo de campo en territorio yaqui. Padilla, por su parte, dedicó varias obras a la historia de guerra y deportación del pueblo yaqui a finales del siglo XIX y principios del XX. Entre estas se encuentran *Yucatán, fin del sueño yaqui. El tráfico de los yaquis y el otro triunvirato* (1995) y *Los Partes Fragmentados. Narrativas de la guerra y la deportación yaquis* (2018). Este trabajo pretende contribuir a la historiografía de los yaquis y entender sus conflictos desde una perspectiva etnohistórica y sensible a sus problemáticas actuales.

A lo largo del tiempo y el espacio, en momentos de conflicto y tensiones políticas y sociales, no es inusual que surjan actores que se desprendan de los intereses de su pueblo o comunidad para perseguir objetivos propios o de un grupo divergente. No ha sido diferente el caso de la etnia yaqui, que ha mostrado divisiones y heterogeneidad política desde los primeros conflictos registrados. Este fenómeno es observable en las crónicas del misionero Andrés Pérez de Ribas, el primer religioso en adentrarse en la región del Yaqui, junto con Tomás Basilio, donde menciona la participación de los “indios amigos” durante la labor evangelizadora y de conquista (Pérez de Ribas, 1985).

Los *yoeme*,² es decir los yaquis, tienen un término para designar al yaqui que se entrega o emula al hombre blanco: *torokoyori*. Evidentemente, está relacionado con el vocablo *yori*, con el que se refieren al

¹ Universidad de Texas en Austin, raqueltoruapadilla@msn.com, <https://orcid.org/0000-0002-0892-2670>

DOI: <https://doi.org/10.22198/colson.285.c46>. DOI Obra completa: <https://doi.org/10.22198/colson.285>

² *Yoeme* significa “la gente”, y también se entiende como “el que respeta la tradición” (Lerma, 2011).

hombre no indígena. Según el antropólogo norteamericano Spicer, su significado es “yaqui de cara gris” o “como un yori” (Spicer, 1994). Padilla señala que significa “pardo”, “revuelto con *yori*”, y agrega que es un adjetivo denostador y ofensivo que alude a la pérdida de la identidad *yoeme* (Padilla, 2018). El rechazo y el estigma que conlleva puede incluso trastocar al resto del grupo familiar (Padilla, 2022).

En este capítulo haré una revisión de la historia del pueblo yaqui en momentos de ruptura y divergencias entre los miembros de la misma etnia. Mi primer objetivo es identificar actores cuya trayectoria los haga susceptibles de ser considerados traicioneros o desleales. Algunos de estos personajes se mantienen firmes en la memoria colectiva de los yaquis como *torokoyoris*, otros lograron limpiar su imagen en vida y se les recuerda sin tanto escarmiento, y algunos han quedado en el olvido, probablemente por el alcance de sus acciones y su sigilo.

Como trabajo exploratorio, me interesa obtener datos biográficos que permitan crear un perfil sobre su vida, carácter y motivaciones. Para esto consulté documentos oficiales, expedientes penales y una extensa bibliografía sobre la historia del pueblo yaqui, con el propósito de responder las dudas en torno a los porqués de la traición. Lo anterior, parece pertinente en un grupo étnico que ha sido receloso de sus tradiciones e históricamente cauteloso y desconfiado ante los extranjeros.

2. Hablar de traición, señalar traidores

La palabra traición viene del latín *traditio, traditionis* que significa entrega o transmisión. Los significados que nos brinda la Real Academia Española (RAE) son: “(1) falta que se comete quebrantando la fidelidad o lealtad que se debe guardar o tener; y (2) delito cometido por civil o militar que atenta contra la seguridad de la patria” (RAE, 2014.). Científicos y pensadores de distintas áreas del conocimiento han reflexionado sobre la traición y la lealtad. En este apartado, mi interés es identificar elementos que ayuden a comprender los motivos de las divergencias y posibles traiciones.

Considero fundamental iniciar con el seno materno y su papel en la adquisición de la cultura y la identidad. Distintos investigadores han señalado la gran influencia que las madres ejercían sobre los niños yaquis en la perpetuación del odio al *yori* (Hernández, 1985; Padilla, 1995; Fabila, 1978). Alfonso Fabila describió así esta interacción:

la madre es la que educa a los niños, a los que instruye en la moral y en las tradiciones de la etnia; enseña a los varones y aun a las niñas a que odie al blanco, porque este es el que ha matado a los padres, a los abuelos, a los hermanos, a los parientes y el que siempre les ha hecho daño con las guerras, quitándoles las tierras, las cosechas, el ganado, los pastos y las maderas, sometiéndolos a toda clase de torturas y vejaciones. (1978, pp. 132-133)

Tradicionalmente, el resguardo del territorio le corresponde en su conjunto a todos los miembros de la etnia, sobre todo en periodos de guerra. Pero existe un cargo específico que designa y compromete a cuidar el territorio y jurar fidelidad a la tribu: el del “coyote” o capitán. Para aceptar este cargo, el yaqui debe acceder a cumplir con el Juramento Yaqui, en el que se observa la gravedad del compromiso:

Para ti no habrá ya sol. Para ti no habrá ya noche. Para ti no habrá ya muerte. Para ti no habrá ya dolor. Para ti no habrá ya calor, ni sed, ni hambre, ni lluvia, ni aire, ni enfermedades, ni familia. Nada podrá atemorizarte. Todo ha concluido para ti, excepto una cosa: el cumplimiento del deber. En el puesto que se te designe, allí quedarás por la defensa de tu nación, de tu pueblo, de tu raza, de tus costumbres, de tu religión. ¿Juras cumplir con el mandato divino? (Lerma, 2011, p. 68)

A pesar de esta temprana e insistente instrucción en ideas, moral y valores respecto a la lealtad a la *yoemia*, la historia está repleta de traiciones. Para la historiadora y antropóloga Padilla, la existencia de traidores yaquis o *torokoyoris* se pueden explicar con las propuestas del antropólogo James C. Scott, cuya teoría dice que dentro de los grupos subalternos también existe una dominación interna que puede resultar igual o hasta más despiadada que la del grupo opresor: “Entre los yaquis esto se concretiza en la existencia de este término específico, *torokoyori*” (Padilla, 2018, p. 275).

Empero, el uso del término *torokoyori* no debe ser arbitrario. Hay pocos estudios sobre su significado y uso, y es difícil encontrarlo de forma textual en las fuentes documentales, pues muy pocos escritos realizados por los indígenas sobreviven en los archivos. De igual manera, la mayoría del material disponible consiste en correspondencia mantenida con los mexicanos, por lo que están escritas en castellano.³ La mención más antigua que he encontrado hasta ahora en la documentación del uso del vocablo *torokoyori* figura en un expediente penal del año 1857, del cual hablaré más adelante.

Para poder emplear el término *torokoyori* en un trabajo histórico, es importante indagar su origen y los significados que ha tenido a lo largo del tiempo, para evitar anacronismos y confusiones. Sin embargo, hay pocos estudios al respecto. Un indicio lo brinda Edward Spicer, quien señala que la palabra *yori* se popularizó entre los yaquis durante el siglo XIX, cuando se recrudecieron los conflictos entre la etnia y los mexicanos. En este periodo se desarrolló su significado esencial. Los indígenas buscaron dejar claras las diferencias entre ambos y, así, *yori* pasó a ser la contraparte de *yoeme* (Spicer, 1994).⁴ Probablemente, el vocablo *torokoyori* también sufrió cambios en cuanto a significado y uso durante la guerra secular.

Para adentrarnos en la historia yaqui y rastrear a estas figuras traidoras, hay que analizar a profundidad las acciones de los *yoeme*. Los yaquis se han destacado por su diplomacia y política, y en distintos momentos se les ha visto negociar y pactar con el gobierno. Sus actos podrían ser malinterpretados por el ojo inadvertido.

Tomemos como ejemplo el caso de Juan Maldonado, mejor conocido como Tetabiate. Fue uno de los líderes yaquis más famosos y venerados. Este cabecilla intercambió una correspondencia bastante amistosa con el coronel Francisco Peinado y con Luis Emeterio Torres. Incluso se hospedó un tiempo en casa del segundo, pensando aquellos que Maldonado se había reformado, haciéndose a los hábitos y pensamientos del hombre blanco (Hernández, 1985). Sin embargo, todo fue parte de una estrategia elaborada para alcanzar la paz, misma que se firmó en Ortiz en 1897, o para ganar tiempo y mejorar su posición en la guerra (Torua Padilla, 2023).

3. Identificación de las primeras divergencias

Como señalé en la introducción de este trabajo, desde las primeras crónicas de la región podemos encontrar a los ya mencionados “indios amigos”. Estos eran llamados “amigos” porque brindaron ayuda o colaboraron de alguna manera con los españoles, incluso sirviendo en ocasiones como soldados en la guerra (Ruiz-Esquide, 1993). A lo largo de la Nueva España, el impacto de las acciones de estos indios, también llamados auxiliares, fue tal que algunos autores sugieren que fueron ellos los verdaderos conquistadores, pues su contribución logró el dominio de este rincón. En el caso de Sonora, habría sido imposible para los jesuitas adentrarse en el territorio y establecer su proyecto misional sin la ayuda de indios auxiliares que se desempeñaron en las actividades defensivas, pues los ignacianos no contaban con un cuerpo militar regular (Enríquez, 2017).

³ Salvo por las cartas de Juan Banderas, publicadas en la revista *TLALOCAN* en 1985.

⁴ En los escritos del líder yaqui Juan Banderas (1825-1833) no se presenta el vocablo *yori*. Pero sí lo encontraremos en los textos de Juan María Leyva ‘Cajeme’, años más tarde (1875-1887) (Padilla y Trejo, 2012).

El recién implementado sistema misional obligaba a los indígenas a cooperar y participar en las campañas militares (Borrero, 2012). Los conflictos con otras etnias llevaron a los misioneros a crear e instaurar en cada pueblo de misión un cuerpo de oficiales militares indígenas, con un capitán de guerra, un alférez, un sargento y cabos (Borrero, 2012). Entre los cargos militares que establecieron los españoles se encontraba el de capitán general, una figura de autoridad importante que con el tiempo obtendría poder e independencia. Los indios “amigos” recibían exenciones y privilegios a cambio de luchar contra los rebeldes. Sin embargo, las recompensas no siempre correspondían a las crecientes exigencias de los españoles (Medina, 2011).

Es evidente que la conquista fue un periodo de fuertes cambios que requirieron de adaptabilidad y negociación para la supervivencia. Sería injusto y desatinado catalogar los actos de los indios amigos y auxiliares como traiciones. La situación era inédita, la amenaza grave y los deseos por persistir, grandes. La escasez de estudios para el periodo limita en este momento ir más allá de establecer lo que fueron los indios auxiliares y su papel en el proceso de conquista. Sin embargo, los cargos militares implementados en esta etapa tendrán un papel importante en años venideros, en los que se podrán advertir actos de traición dentro de la tribu.

Afortunadamente, hay una mayor cantidad de estudios y fuentes para los siglos XIX y XX. A partir de la consulta de dichas fuentes, he decidido clasificar a los traidores en dos grupos: primero, los hombres y mujeres yaquis cuyos nombres han quedado plasmados en la memoria y literatura; y segundo, aquellos a los que es difícil seguirles la huella, pues han quedado en el olvido o el anonimato.

4. Los “grandes” traidores

Empecemos con los *yoeme* cuyas acciones en contra de los intereses de la etnia permanecen en la memoria colectiva y han sido del interés de algunos investigadores. Aunque en la historiografía encontramos varios nombres y grupos, por cuestiones de espacio he hecho una selección acotada para este trabajo. La selección se basó en la frecuencia con que los *yoeme* aparecen en las fuentes y el impacto de su participación en la guerra.

El año de 1825 inició con el levantamiento de Juan Ignacio Jusacamea o Juan Banderas, un movimiento rebelde que buscaba recuperar el control de la autoridad mexicana y constituir una confederación de naciones indígenas integrada por los pueblos originarios del estado. Esta fue la primera gran sublevación del siglo XIX y marcó el inicio de una lucha por la defensa del territorio y la autonomía que duraría más de cien años. Miles de nativos se levantaron bajo el liderazgo de Banderas.

En este contexto surge la figura de Juan María Jusacamea,⁵ quien ayudó al ejército mexicano a adentrarse en territorio yaqui para combatir a los insurrectos (Ramírez, 2012). Tal parece ser que en algún momento Juan María acompañó a los *yoeme* en la lucha, pero terminó adepto al gobierno, así lo dice Velasco: “que de indio revoltoso y malvado se convirtió en sostén de la causa del gobierno, con constancia y entusiasmo sinigual” (Velasco, 1850, pp. 81-82).

La razón de esta traición fue, según Alejandro Figueroa, la ambición de conseguir puestos de control político en sus respectivas comunidades (Figueroa, 1994). A Juan María le fue otorgado el cargo de capitán general y con este nombramiento “favoreció los planes mexicanos que apuntaban principalmente al deslinde y la distribución de tierras” (Spicer, 1994, p. 179). Su fin llegó en 1840, a manos de su propia gente (Padilla, 2010).

⁵ Según notas de Spicer, era hermano de Juan Ignacio Jusacamea (1994). Según Padilla y Trejo, hay una posibilidad de que fueran parientes (2012).

Un caso similar es el de Loreto Villa. Corría el año de 1887 y el famoso líder yaqui José María Leyva, Cajeme, había sido asesinado. Sin embargo, los *yoeme* estaban lejos de abandonar la lucha por su autonomía y territorio. Surgió así el jefe Juan Maldonado, Tetabiate, quien, al implementar una guerra de guerrillas, fue capaz de prolongar la defensa (Padilla, 1995), en una batalla que se volvía insostenible para los indios.

Loreto Villa acompañó a Tetabiate en la lucha armada y se encontraba a su lado cuando se efectuó la firma del tratado de Paz entre los yaquis y el gobierno (la Paz de Ortiz), en 1897. Era considerado “un joven inteligente, que hablaba correctamente el castellano, discreto en el consejo y de meritísima fama como valiente y esforzado” (Hernández, 1985, p. 227). Por esta razón fue uno de los enviados a la capital nacional a entrevistarse con el presidente de la república, experiencia que aparentemente lo impresionó.

Sin embargo, para los yaquis el pacto de paz no resolvió el problema de la tierra ni de los invasores *yoris*. Al ver que no obtendrían lo que deseaban, Tetabiate junto con el resto de los *yoemes* decidieron romper el tratado y volver a la sierra para reorganizar la defensa. Loreto Villa, por su parte, permaneció con las tropas auxiliares luchando contra su propia tribu y fue nombrado comandante del mismo cuerpo militar (Hernández, 1985).

En las manos de Loreto Villa quedó la sangre de Tetabiate. Según relatos del médico porfirista Fortunato Hernández, fueron las tropas de Villa quienes asesinaron al jefe yaqui. Sus fuerzas perseguían a un grupo de indios sublevados y, tras muchas dificultades, lograron al fin asesinar a un yaqui diestro en las armas y resistente a las balas. “Los soldados de Villa quedaron profundamente sorprendidos al ver que el cadáver que tenían a sus pies era el famoso jefe Tetabiate” (Hernández, 1985, p. 251). Sin embargo, la historia oral presenta otra versión. Según Silverio Jaime, los soldados de Villa junto con el coronel Aureliano Torres (hermano de Lorenzo) sí perseguían a un grupo de indios, y cuando identificaron a uno de los capturados como el jefe yaqui “llamaron a Loreto Villa para que lo identificara, Tetabiate lo miró con rabia retadora. Villa lo reconoció. Entonces el coronel Torres le dio pistola a Villa para que él se encargara de ultimar a Tetabiate..., y así lo hizo” (citado en Padilla, 2018, pp. 270-271).

Para agravar aún más la traición, se sabe que Loreto Villa no solo fue compañero y amigo de Tetabiate, sino su compadre. Para los yaquis, el compadrazgo es un vínculo sólido y de suma importancia, que responde al parentesco ritual (Kelley, 1982; Padilla, 2018). Es a partir de este vínculo que los yaquis extienden sus redes sociales y de apoyo incorporando a personas con las que no comparten un lazo sanguíneo. Estos vínculos, además, se crean con la atención de ampliar sus oportunidades de supervivencia, pues de los compadres se espera ayuda material y reciprocidad en las muestras de apoyo (Erickson, 2008). Probablemente esta sea la causa por la que Loreto Villa:

Nunca volvió a ser el mismo. Dicen que lloraba por haber traicionado a su compadre. Los *yo'emem* tenían resentimiento hacia él. Murió muchos años después, como en los cuarenta, asesinado por quién sabe quién en un camino cercano a Tórim, a tiros. (Padilla, 2018, p. 271)

Otro personaje adepto al gobierno fue Juana Casillas, también conocida como Juana Ansias. Esta mujer es recordada como “malinchista y *torokoyori*... una yaqui ambiciosa”, y además como una mujer instruida. Juana participó como soldado en la Revolución delahuertista en la década de 1920, y también consiguiéndole tropas yaquis a Adolfo de la Huerta, prácticamente traficando con ellos (Padilla, 2018).

Este periodo es considerado por los yaquis como otra deportación, pues cientos de ellos fueron enviados tramposamente a luchar en la Revolución mexicana. Juana, coludida con el general Ignacio Mori, recibía \$2.50 por cada uno. Además de esto, por su cercanía con De la Huerta, fue recompensada con el título de gobernadora del barrio yaqui Yucatán en Guaymas, algo que de otra manera hubiera sido imposible, pues es

un cargo que únicamente ostentan los hombres. Juana obtuvo esta y otras gratificaciones a cambio de quedar en la memoria de los yaquis como traidora y deshonorosa (Padilla, 2012 y 2018).

Para cerrar este apartado, quisiera mencionar a José María Leyva, Cajeme. Lo coloco al final porque su aparición en este trabajo pudiera ser controversial. Algunos yaquis aún lo consideran un traidor, mientras que otros lo valoran como un gran líder yaqui, lo que reafirma la heterogeneidad política que mencioné anteriormente. Gracias a los apuntes biográficos que recopiló Ramón Corral tenemos importantes datos de su vida. Nació de padres yaquis en Hermosillo en 1837. Salió junto con su familia rumbo a California durante la fiebre del oro, y “el haber salido de la zona yaqui les permitió ampliar el horizonte”. Al regresar a su tierra, sus padres lo pusieron bajo la tutela del prefecto del distrito de Guaymas, donde tuvo acceso a la educación escolar (Padilla, 2020).

En más de una ocasión, Cajeme tomó las armas en pro del gobierno y en contra de su tribu. Terminó siendo alcalde mayor del Yaqui, cargo que otorgaba el gobierno, y era conocido como *torokoyori* (Padilla, 1995). Sin embargo, después traicionó al gobierno e inició una nueva lucha por la salvaguarda de sus tierras y autonomía. Es por esto por lo que pasó a la historia como un gran líder yaqui, y en raras ocasiones se le recuerda como traidor.

La figura de Cajeme es por demás interesante. Por un lado, fue durante muchos años partidario del gobierno, para luego volverse a las causas yaquis; por otro, la gran cantidad de datos biográficos que tenemos acerca de él permite profundizar en su trayectoria. Un análisis exhaustivo de su biografía podría indicar situaciones y razones que lo llevaron, primero, a estar en contra de su gente y, después, a encabezar la lucha junto a ellos.

A pesar de la brevedad con la que abordé a estos *yoemes*, es posible identificar situaciones particulares que pudieron propiciar su participación en pro del gobierno. La más significativa es, a mi parecer, su cercanía con el mundo *yori*, sobre todo a través de la educación. En el caso de Loreto Villa, se sabe que su dominio del español era perfecto, situación que no resultaría verosímil si no hubiese salido del territorio yaqui para aprenderlo (Tetabiate, por ejemplo, no hablaba español). Juana Casillas también es recordada como una mujer con mucha preparación, y Cajeme prácticamente se crio entre *yoris*.

Tanto yaquis como mexicanos contemporáneos comprendían bien el resultado de la educación impuesta por el gobierno a los indígenas. Los blancos tenían claro que esta podía ser una solución a largo plazo para ponerle fin al eterno problema yaqui. Así lo señala el médico porfirista Manuel Balbás en sus memorias sobre la guerra del Yaqui:

Quizá la educación e instrucción de esas masas ignorantes en incultas, pudieran regenerar esta raza varonil y hermosa; si no precisamente a la presente generación, ya muy viciada y acostumbrada al libertinaje y a la guerra, sí seguramente a las generaciones venideras. [...] Muchas escuelas para los niños yaquis salvarían a la raza y honrarían a México. (Balbás, 1985, p. 68)

Los yaquis del siglo XIX y principios del XX no iban a la escuela: “No tuvimos escuela, no se usaba eso, la escuela de nosotros era cómo defendernos, cómo disparar un arma, cómo subir los cerros, eso es lo que nos enseñaban nuestros mayores” (Jaime, 1998, p. 29). Asistir a la escuela no era bien visto por los yaquis, por las implicaciones que conllevaba: “Por eso mi tata decía... [que] la escuela hace daño, por eso querían que yo no estudiara, por eso nadie estudió de mi mamá, nadie de mi familia, porque mi tata era un enemigo, yo tuve que salirme de mi casa para poder estudiar [inaudible] y ellos no” (Padilla, 2018, p. 278).

Este acercamiento a las maneras e ideas *yoris*, sobre todo a temprana edad, podía volver a los yaquis susceptibles de traicionar a la *yoemia* en algún momento. Sin embargo, esto no debe ser una determinante, ni la única posible razón. La movilidad ha sido una característica del pueblo yaqui, a quienes se les ha visto desempeñando diversas labores a lo largo de todo el estado. A pesar de permanecer años fuera de su hogar, “practicando la vida civilizada en las poblaciones del Estado”, en cuanto vuelven a pisar su territorio vuelven a sus viejas costumbres y tradiciones” (Hernández, 1985, p. 226).

Otro aspecto notable tanto en el caso de Juan María Jusacamea y Loreto Villa es la cercanía que tuvieron con los líderes de sus respectivos tiempos. En un instante participaban en la insurrección, y al siguiente le tendían la mano al enemigo para traicionar a su gente. Ambos obtuvieron cargos militares: Jusacamea fue capitán general y Villa comandante de tropas auxiliares.

5. Los traidores anónimos, olvidados o poco recordados

Existen muchas maneras de cometer traición. No se necesita ser capitán general, mano derecha del jefe o conocido de algún político para convertirse en traidor; en este apartado hablaré de los anónimos, los sigilosos. A algunos las autoridades mexicanas los llamaban “auxiliares”, “exploradores”, “vigías”, “indígenas de confianza”. También estaban aquellos que prestaron sus servicios militares, aunque poco se sabe de ellos.

Difícilmente obtendremos datos biográficos sobre estos personajes, y la historiografía los ha estudiado poco. Sin embargo, su constante aparición en las fuentes del periodo evidencia el importante papel que jugaron durante la guerra. Sería necesario recurrir a la historia oral para corroborar si verdaderamente han sido borrados de la memoria colectiva o individual, aunque considero difícil que sus recuerdos hayan sobrevivido.

En los “Estados especificativos de los egresos de la tesorería municipal del Puerto de Guaymas” de 1855 se avista bajo el título de “gastos del Ayuntamiento” que dos auxiliares indígenas se encontraban en la lista de asalariados, recibiendo 10 pesos al mes.⁶ Sin embargo, por estar en la misma lista que el secretario, el portero y un escribano (también auxiliar), y al ser únicamente dos los incluidos en la nómina, queda la duda de qué tipo de indios auxiliares eran. Si bien el modelo de tropas auxiliares implementado desde la colonia subsistía, la colaboración de estos indios con el Ayuntamiento de Guaymas pudo haberse dado de múltiples formas. En la época, “auxiliar” tenía como uno de sus significados: “empleado que en los ministerios y otras dependencias del Estado trabaja a las órdenes y bajo la inspección inmediata del oficial a cuya mesa está agregado” (Gaspar y Roig, 1853, p. 274).

Ser un auxiliar indígena era, en todo caso, servir de alguna manera al gobierno. ¿Era cualquier trabajo en el gobierno sinónimo de traición en el periodo de guerra? Algunos yaquis proclamarán que sí, pues “colaborar con el enemigo era cosa de *torokoyoris* y... era mejor haber permanecido *kaujome* [habitante de la Sierra]” (Padilla, 2018, p. 159). Personalmente, creo que no necesariamente tenía que ser así, sobre todo si consideramos las múltiples estrategias de resistencia implementadas por los yaquis en su historia y su habilidad para navegar entre los dos mundos (el yaqui y el *yori*).

Por otra parte, existen documentos en los que de manera textual se expone que en 1862 la Prefectura de Álamos contaba con indígenas “exploradores y vigías” comisionados a estar “sobre el enemigo”. El objetivo del prefecto era contener y sofocar la sublevación de yaquis y mayos que cobraba cada vez mayor ímpetu. Es bastante probable que estos indígenas fueran miembros de las mismas etnias, pues se requería conocimiento

⁶ Archivo General del Estado de Sonora [AGES], Prefecturas (tomo 277).

del idioma y del terreno para llevar a cabo la labor de espionaje a la que eran encomendados. Estos exploradores cumplían su servicio reportando lo visto, escuchado y averiguado en la misión.⁷

Ese mismo año, en correspondencia con el gobernador del estado, el prefecto indica que también están a su disposición un número de “indígenas de confianza”. Estos individuos le informaban de inmediato en caso de presenciar algún acto sedicioso o sospechoso. En uno de estos casos, el prefecto escribe que: “un indígena de confianza de este pueblo, que estando jugando él arriba de este pueblo en la otra banda cerca de la casa de Ramón Masolachay [observó que] llegó el cabecilla Miguel Yabapisio”,⁸ y entrándole sospecha, lo siguió al monte donde se encontró entre 25 y 30 hombres reunidos preparando la insurrección.⁹

Llama la atención que el prefecto explicita que su informante estaba “jugando” previo a presenciar la reunión de rebeldes. Si bien no es inusual que un adulto juegue, el documento genera múltiples interrogantes respecto a estos individuos. ¿Qué edades tenían estos indígenas de confianza? ¿A qué se dedicaban? ¿Cómo fue su primer acercamiento a las autoridades sonorenses? ¿Hubo algún programa o modelo de reclutamiento de indios espías? Desafortunadamente la información hasta ahora recabada no permite darles respuesta. Espero que futuras investigaciones ayuden a resolver estas y otras incógnitas.

Decidí incluir en este apartado a los *yoemes* que sirvieron al gobierno mexicano como parte de las tropas auxiliares en el Yaqui. Sus nombres permanecen en el papel, pero difícilmente en la memoria colectiva de su etnia. Resalta el siguiente expediente penal por el ahínco con el que los yaquis denuncian al capitán Mariano Matus y su tropa, y por lo conscientes que son estos últimos del odio que sus congéneres les profesan.

Sucedió un motín en el pueblo de Vícam en 1857 para sacar a Matus y a su gente del territorio. El capitán en cuestión declaró que “la causa del desorden ha sido la enemistad y odio que los agresores conservaban á [él] y a sus hombres por haber sido fieles al Gobierno en el último levantamiento del Río”. A los yaquis se les escuchó replicarles a los milicianos que se habían apropiado de terrenos y reses y ya no estaban dispuestos a recibir más abusos de su parte. Según este expediente, entre los insurrectos se encontraban habitantes de Belém, Pótam, Vícam y Tórim (cuatro de los pueblos yaquis), quienes gritaban “maten a esos carajos”, “ahora lo verán toloco-yoris”.

La fuente exhibe el abuso de poder que generaban los cargos militares que el mismo gobierno mexicano otorgaba para mantener el orden dentro del territorio Yaqui. Asimismo, hace evidente los motivos de las tensiones y descontentos que llevaban a los indígenas a rebelarse. Los testimonios recabados en este proceso penal dan muestra de los sentires de los yaquis respecto a los hombres que consideraban traidores por estar del lado del gobierno y abusar de las recompensas que obtenían.¹⁰

6. Conclusiones

Estudiar periodos de guerra en el Yaqui inevitablemente nos lleva a tocar el tema de las traiciones y los llamados *torokoyoris*. La participación de estos personajes en la guerra, por más pequeña que aparente ser, tuvo importantes implicaciones en el devenir histórico de la etnia. Sin embargo, aún faltan estudios para comprender el alcance de sus acciones y la coexistencia con miembros de su misma etnia. De este trabajo, que pretendió ser un acercamiento al tópico, rescato los siguientes hallazgos:

⁷ AGES, Prefecturas (tomo 377).

⁸ Adecué la autografía para facilitar la lectura.

⁹ AGES, Prefecturas (tomo 377).

¹⁰ Archivo de la Casa de la Cultura Jurídica de Hermosillo. Fondo: Sonora, Sección: Juzgados de Distrito, Serie: Penal (Año, 1857, Legajo 1, Caja 18, Expediente 47).

Primeramente, no todos los *torokoyoris* pasaron a la historia; algunos no han sido registrados por la historiografía o no quedaron en la memoria colectiva de los yaquis. Aun así, el papel que desempeñaron, aunque quizás de menor escala, fue significativo en muchos aspectos. No solo eran los yaquis que dirigían contingentes en contra de sus hermanos insurreccionados; también eran vigías, espías y exploradores que con sigilo compartían información valiosa con el gobierno mexicano.

Por otra parte, el acto de traicionar se puede (y se debe) explicar más allá de la ambición humana. Una situación que podría estudiarse con mayor profundidad para generar respuestas es la del acercamiento que algunos de estos personajes tuvieron al mundo *yori*. ¿Qué tanto asimilaron y de qué manera esto los apartó de su propia cultura al grado de traicionar los intereses de su pueblo? Tanto los yaquis como los mexicanos del siglo XIX y principios del XX eran conscientes del impacto de la educación en los jóvenes yaquis.

Otro aspecto que se debe seguir estudiando es la influencia del gobierno dentro de la etnia para el otorgamiento de cargos militares y políticos. Este factor constante desde el periodo misional despertó intereses y ambiciones en algunos yaquis. Y la opresión hacia sus congéneres continuó una vez obtenidos estos nombramientos, a beneficio propio y del gobierno.

Intentar crear un perfil del yaqui traidor sería una tarea absurda. Las situaciones aquí presentadas son diversas y complejas. Sin embargo, el análisis de la figura de los *torokoyoris* nos ofrece otra mirada a la vida y percepción de los yaquis respecto a la guerra y las divergencias dentro de la misma etnia. Esto es importante para el estudio y la comprensión del proceso determinado como guerra secular del Yaqui.

Referencias

- Balbás, M. (1985). Recuerdos del Yaqui. En *Crónicas de la Guerra del Yaqui*. México: Gobierno del Estado de Sonora.
- Borrero, M. (2012). Las misiones jesuitas y la defensa de la Provincia de Sonora. En R. Padilla Ramos (comp.), *Misiones del noroeste de México. Origen y destino/2008* (pp. 217-232). Hermosillo: Forca.
- Enríquez, D. (2017). Indios auxiliares en la Sonora misional: Una revaluación. En R. Padilla Ramos (comp.), *Misiones del noroeste de México. Origen y destino/2015* (pp. 99-130). Hermosillo: Forca.
- Erickson, K. (2008). *Yaqui Homeland and Homeplace. The Everyday Production of Ethnic Identity*. Tucson: The University of Arizona Press.
- Fabila, A. (1978). *Las tribus yaquis de Sonora: su cultura y anhelada autodeterminación*. México: Instituto Nacional Indigenista.
- Figuerola, A. (1994). *Por la tierra y por los santos: identidad y persistencia cultural entre yaquis y mayos*. México: Conaculta, Dirección General de Culturas Populares y Dirección General de Publicaciones.
- Gaspar y Roig (1853). *Diccionario enciclopédico de la lengua española: con todas las voces, refranes, frases y locuciones usadas en España y las Américas Españolas*. España: Imprenta Gaspar y Roig.
- Hernández, F. (1985). La Guerra del Yaqui. En M. Balbás y F. Hernández, *Crónicas de la Guerra del Yaqui* (pp. 109-254). México: Gobierno del Estado de Sonora.
- Jaime, J. (1998). *Testimonios de una mujer yaqui*. México: CONACULTA y PACMYC.
- Kelley, J. (1982). *Mujeres yaquis. Cuatro biografías contemporáneas*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Lerma, E. (2011). *El nido heredado. Estudio sobre cosmovisión, espacio y ciclo ritual de la tribu yaqui* (tesis doctoral). Universidad Nacional Autónoma de México.

- Medina, M. (2011). Cargos militares indígenas en la transición del antiguo régimen al liberalismo: el caso de Sonora, México. *Revista de Ciencias Sociales*, 3(20), 29-48. Recuperado de <http://ridaa.unq.edu.ar/handle/20.500.11807/1527>
- Padilla, R. (1995). *Yucatán: fin del sueño yaqui. El tráfico de los yaquis y el otro triunvirato*. México: Gobierno del Estado de Sonora, Secretaría de Educación y Cultura e Instituto Sonorense de Cultura.
- Padilla, R. (2010). Autonomía y ley de Dios en las significaciones imaginario sociales de los yaquis durante la jefatura de Juan Banderas. En E. Donjuan Espinoza, D. E. Enríquez Licón, R. Padilla Ramos y Z. Trejo Contreras (coords.), *Religión, nación y territorio en los imaginarios sociales indígenas de Sonora, 1767-1940* (pp. 173-215). Hermosillo: El Colegio de Sonora.
- Padilla, R. (2012). *Juana la yaqui... una mujer indígena en la Revolución*. Recuperado de https://www.academia.edu/30529666/Juana_la_yaqui_Una_mujer_indigena_en_la_revolucion_2012
- Padilla, R. (2018). *Los partes fragmentados. Narrativas de la guerra y la deportación yaquis*. México: Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- Padilla, R. (2020). Cajeme –un líder yaqui entre la memoria y el discurso mediático. En A. Gunsenheimer, E. N. Cruz y C. Pallán Gayol (eds.), *El otro héroe. Estudios sobre la producción social de memoria al margen del discurso oficial en América Latina* (pp. 415-445). Alemania: Bonn University Press.
- Padilla, R. (2022). *Mujeres indígenas, emisarias de Dios y del hombre. Significaciones imaginario-sociales en torno a las mujeres cahitas del noroeste de México*. Secretaría de Cultura, Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- Padilla, R., y Trejo, Z. (2012). Guerra secular del yaqui y significaciones imaginario sociales. *Historia Mexicana*, 62(1), 59-103.
- Pérez de Ribas, A. (1985). *Páginas para la historia de Sonora. Triunfos de nuestra santa fe* (tomo II). Hermosillo: Gobierno del Estado de Sonora.
- Ramírez, A. (2012). *La participación de los yaquis en la Revolución, 1913-1920*. México: Programa Editorial de Sonora.
- Real Academia Española. (s. f.). Traición. En *Diccionario de la lengua española* (23ª ed.). Recuperado de <https://dle.rae.es/traici%C3%B3n?m=form>
- Ruiz-Esquide, A. (1993). *Los indios amigos en la frontera Araucana*. Chile: Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos.
- Spicer, E. (1994). *Los yaquis. Historia de una cultura*. Universidad Nacional Autónoma de México.
- Torua Padilla, R. (2023). ¿Epistolario amoroso? Un análisis de la correspondencia yaqui previa a la Paz de Ortiz. En J. L. Moctezuma y E. Donjuan (coords.), *Temas de Historia y Antropología del noroeste de México en homenaje a Raquel Padilla Ramos*. México: El Colegio de San Luis, INAH.
- Velasco, J. (1850). *Noticias estadísticas del estado de Sonora*. México: Ignacio Cumplido.